



## CAPITULO II

(1810)

Administración de D. Pedro Garibay.—Nombramiento del M. R. arzobispo de México para virrey.—Conspiración de Valladolid, descubierta oportunamente.—Traslación del gobierno á manos de la Real Audiencia.—Planes subversivos.—Conducta de dicho Cuerpo. Insurrección del cura Hidalgo: su entrada, acompañada de excesos, en San Miguel el Grande y en otras poblaciones.—Arribo del nuevo virrey el teniente general D. Francisco Javier Venegas y sus primeras disposiciones para contener el fuego de la revolución.—Entrada de los insurgentes en Guanajuato.—Horrores cometidos en aquella ciudad.—Hipocresía religiosa y política del cura Hidalgo.—Decisión de los sencillos indios.—Enérgicas disposiciones del virrey para destruir al cura Hidalgo.—El intendente de Valladolid y los coroneles Casa-Rul y García Conde caen en poder de los enemigos, y á su consecuencia sucumbe aquella ciudad, abandonando su guarnición las banderas realistas.—Marcha de los enemigos contra la capital de México.—Energía del virrey para rechazar el ataque.—Derrota de los insurgentes en Querétaro y en el monte de Las Cruces.—Retirada del enemigo y su nueva derrota en San Jerónimo de Aculco.—Progresos de los disidentes en las provincias del Norte.—Entrada del ejército realista en Guanajuato.—Horribles estragos cometidos por los revolucionarios contra los europeos.—El puerto de San Blas cae en poder de los enemigos.—Victoria del general Cruz en Huichapan.—Combinación de los jefes realistas para dar un golpe decisivo al cura Hidalgo.—Alzamiento del cura Morelos hacia las provincias del Sur.—Bloqueo por éste de la plaza de Acapulco.—Ventajas del teniente coronel Andrade en Tepecuacuilco. Sorpresa de la división de D. Francisco Paris por Morelos.—Acción

de Toluca, ganada por el realista D. Juan Sánchez.—Preparativos para la sangrienta batalla del puente de Calderón.

La poca importancia de los sucesos en el año 1809 nos dispensa de destinar un largo capítulo para esta época, y, por lo tanto, después de haber marcado sus principales sucesos, procederemos al 1810, y señaladamente al mes de Septiembre de dicho año, que fué cuando principió el gobierno del benemérito virrey Venegas, desde cuya entrada en Nueva España datan los principales destellos de la revolución, que se hallaba preparada ya muy de antemano. ¡Ojalá hubiera podido aquel esforzado general anticipar la llegada dos ó tres meses á lo menos, y no habríamos llorado tal vez tantos desastres que sobrevinieron á este desgraciado país!

Eran los principios del año 1809, y apenas transcurridos tres meses de estar confiada la dirección de los negocios públicos á la decrepita mano de Garibay, cuando comenzaron á esparcirse algunos síntomas de insurrección. Como en aquel gobierno mandaban más los agregados y subalternos, en particular los que habían tenido una parte más activa en la deposición del virrey Iturrigaray, todas las operaciones se resentían de la flojedad del nuevo jefe y de la violencia de los que se creían con derecho para abusar del poder. Se sostuvo, sin embargo, el reino de Nueva España en bastante tranquilidad, si bien al abrigo de aquellas perniciosas desavenencias tomaban más aliento los ocultos agentes de la sedición para preparar sus maquinaciones.

Penetrado el Gobierno español de la necesidad de poner á la cabeza de los negocios de México una persona respetable, capaz de conciliar la opinión que tanto se había extraviado con la furiosa pugna de españoles y criollos, fomentada por los pasquines de ambos partidos, nombró á mediados de 1809 por virrey de aquel Estado á su M. R. arzobispo D. Francisco Javier de Lizana. Se

persuadió este virtuoso prelado de que con apostólicas pastorales y con medidas llenas de lenidad y condescendencia se desvanecería la exaltación de los ánimos y se fortalecería la íntima unión que hasta aquella funesta época había reinado constantemente entre los habitantes de dicho reino; pero muy pronto hubo de desengañarse de que no siempre la dulzura es el mejor correctivo de los revoltosos y obstinados. A fines del mismo año 1809 se descubrió oportunamente un plan de conspiración en la capital de Valladolid, dirigido á renovar las vísperas sicilianas, acabando en una noche con todos los españoles residentes en aquellos dominios: fueron presos el capitán Obeso, D. Mariano Michelena y otros varios sujetos; pero á poco tiempo de haber sido conducidos á la capital se les puso en libertad bajo fianza, menos Michelena, que fué enviado á España bajo partida de registro.

Excitada la Metrópoli por vivas representaciones de los realistas para que depusiera del mando al virtuoso arzobispo, cuya religiosa y pacífica conducta habría sido muy á propósito para gobernar el Estado en tiempo de serenidad y calma, mas no en circunstancias críticas y apuradas, en las que se requería mayor energía en las providencias y doble vigor en la ejecución, fueron trasladadas las riendas de aquel gobierno á la Real Audiencia á principios de 18.0.

Aunque éste era un cuerpo colegiado, en el que las providencias no suelen ser tan rápidas y ejecutivas como se necesita para contener el fuego insurreccional, tuvo sin embargo bastante tino y acierto en la dirección de los negocios hasta los meses de Julio y Agosto. Llegaron á este tiempo á su noticia avisos muy oportunos y exactos de un plan de conspiración, al que si desde sus principios se hubiera prestado una atención más seria se habrían podido evitar acaso unos males tan terribles que llenaron de sangre y luto aquellos países. No es mi ánimo mancillar la buena opinión á que son acreedores los miembros que componían la Real Audiencia en la citada

época: todos ellos reunidos, y cada uno en particular, dieron las más relevantes pruebas de su fidelidad al Rey y de su aversión á las innovaciones políticas; sus virtudes públicas y privadas los hicieron altamente recomendables, y el solo defecto que algunos les atribuyen, de no haber cortado de raíz los primitivos planes de los insurgentes, se desvanece ante la calidad y distintivo de la carrera de aquellos gobernantes, y ante las mayores dificultades que experimenta un cuerpo colectivo para comunicar la debida celeridad á la ejecución de empresas militares.

Dicho plan de insurrección habia sido fraguado por los capitanes del regimiento de Dragones provinciales de la Reina, D. Ignacio Allende, D. Juan Aldama y D. José Mariano Abasolo, de acuerdo con el corregidor de Querétaro y con D. Miguel Hidalgo, cura del pueblo de Dolores. En este último punto se verificó, á mediados de Agosto, el rompimiento, debido al intrigante manejo y elocuente predominio de Hidalgo en el ánimo de aquellos naturales, en quienes habia sabido excitar un vivo resentimiento contra los españoles, á los que designaba como instrumentos de su opresión, y activos resortes de la Francia para entregar aquellos dominios al emperador Napoleón, privándolos por este medio de una religión benéfica, cuya conservación formaba todo el objeto de sus ansias.

Verificada ya la sublevación, aquellas masas informes, capitaneadas por los citados corifeos y apoyadas por el expresado regimiento de Dragones, se dirigieron á la villa de San Miguel el Grande, en donde conmovida la hez de la población y deseosa de tener parte en el furioso botín que ya estaban saboreando con todo el afán de gentes que ven los alborotos por el prisma de la rapacidad y del brutal desahogo de sus indómitas pasiones, se lanzaron como lobos rabiosos contra todos los europeos y contra sus propiedades, sin perdonar á sus mismos compatriotas, dando á la resistencia en unirse al partido insurgente todo el carácter de criminalidad, para cu-

brir en apariencia el violento despojo de sus riquezas.

El pueblo de Chamacuero, la ciudad de Celaya y la villa de Salamanca, varias haciendas y poblaciones de la comarca sufrieron asimismo el fuego devorador de estos fieros revolucionarios. Este incendio hizo rápidos progresos, excitó una alarma general, abatió los ánimos de los buenos realistas, y habría introducido el mayor desorden y confusión sin la bizarría, entereza, inteligencia y acierto del nuevo virrey, que había llegado á la capital el 14 de Septiembre, y era el único al que creían capaz de salvarlos en tan espantosa borrasca. No se engañaron los buenos españoles en el alto concepto que tenían formado del Sr. Venegas. Conociendo este digno jefe la necesidad de cortar oportunamente los vuelos á aquella temeraria insurrección, desplegó una actividad poco conocida en aquellos pueblos y tomó las providencias más eficaces para que sus bien combinados planes fueran coronados de un feliz suceso.

Es innegable que el virrey Venegas, cual nave combatida por las olas en un océano desconocido, tuvo que luchar con la bravura de los elementos políticos, y que sufrió los más horribles contrastes; pero al favor de su tesón y constancia llevó á salvamento la nave del Estado.

Fueron sus primeras medidas ordenar en 17 del mismo Septiembre al brigadier D. Félix Calleja su pronta traslación á Querétaro con toda la tropa de que pudiera disponer, sin que hiciera falta á la guarnición de la ciudad de San Luis de Potosí, y la salida con algunas tropas y artillería del coronel conde de la Cadena, que se hallaba accidentalmente en la capital de México, para que obrando en combinación y á las órdenes de Calleja y reunidas las tropas de ambos con las de Querétaro, sujetasen á los enemigos.

La celeridad con que se desarrolló el germen revolucionario frustró los primeros efectos de tan sabias disposiciones; así es que antes de franquear aquellos bizarros

cuerpos la distancia que los separaba del teatro de la guerra, pudieron los sediciosos extender el veneno de la seducción, halagar la muchedumbre, sorprender á los incautos y dar á su causa un fomento rápido é inesperado.

Con tan favorables elementos penetraron hasta la ciudad de Guanajuato, é intimaron la rendición al intendente corregidor D. Juan Antonio Riaño. Este jefe había tomado las más vigorosas medidas para defender aquella ciudad, fundando toda su esperanza en la ventajosa posición de la Alhóndiga nueva, parecida á una fortaleza; y juzgando, finalmente, que el honor es el premio más digno de disputarse por los hombres, se decidió con empeño y constancia á sostenerlo, y á perder la vida antes que permitir la profanación de aquella ciudad por las hordas forajidas.

Desengañados los insurgentes del ningún fruto que podían prometerse de sus comunicaciones parlamentarias, dieron el 28 de Septiembre un furioso ataque con 20.000 hombres, animados por el afán del botín y sed de la venganza. El bizarro Riaño se abrió las puertas de la inmortalidad. Una bala homicida destruyó á este valiente realista á la hora y media de sostener con el esfuerzo de su brazo y con su popular elocuencia el honor de las armas españolas. ¿Pero qué puede la más acendrada lealtad y decisión de un jefe militar cuando en sus mismas filas se abrigan seres desnaturalizados que asestan sus reos tiros contra los que debieran ser objetos de su amor y veneración? Este digno jefe y un hijo suyo sucumbieron al furor de aquella desenfrenada muchedumbre, doblemente irritada con su terca y desesperada resistencia. Aquella desgraciada ciudad quedó entregada á la desolación y exterminio.

Dos mil víctimas de la fidelidad y constancia á la madre patria fueron sacrificadas á la saña y venganza de los furiosos revolucionarios; otras dos mil fueron sepultadas en estrechas prisiones. Millón y medio de pesos fueron el

fruto de la victoria. La ciudad presentaba el aspecto más horroroso. Grandes habían sido los desacatos cometidos en los primeros puntos en que había estallado la insurrección, especialmente en Celaya y Acámbarc; pero nada igualó á la ferocidad que dirigió la mano de aquellas sacrilegas gentes contra la desgraciada ciudad de Guajuato. El cura Hidalgo, cual otro Nerón, presenciaba la ruina y devastación de uno de los pueblos más ricos é industriosos de Nueva España. Con una hipocresía sin igual y con un fingido celo religioso trataba de convencer á la desenfadada plebe de que aquellos ejemplares y terribles castigos eran necesarios para desagraviar la ira de Nuestra Señora de Guadalupe de México, cuya venerable imagen llevaba en un estandarte, vitoreando al mismo tiempo su santo nombre, el de nuestro augusto monarca Fernando VII y el de la patria, é invocando tan sagrados objetos como testigos de sus impías profanaciones y horribles carnicerías.

Conociendo el astuto Hidalgo que le sería dado entregarse libremente al ejercicio de sus licenciosas pasiones si salvaba en apariencia el respeto á la religión católica, de la que han sido constantemente los devotos mexicanos el apoyo más firme, trató de deslumbrarlos con un engañoso acatamiento á sus ritos y preceptos, oyendo misa todos los días, salvando los templos de su misma furia, excitando en todos un fervor fermentado, que estaba en contradicción abierta con sus alevosos sentimientos.

Usando de igual fingimiento en la parte política, hizo los esfuerzos posibles por generalizar su maléfico influjo, persuadiendo á los pueblos que sus aspiraciones no tenían más objeto que asegurar la independencia nacional bajo el nombre de Fernando VII, de cuyo legítimo dominio querían despojarle los europeos; y para cubrir sus horribles extorsiones, daba á entender la dura posición en que lo constituía la necesidad de dar vigor á la causa que se había propuesto defender, añadiendo que trataría del modo más generoso á los que de buena fe se adhiriesen

á ella, y aun á los que se mantuviesen pacíficos espectadores sin mezclarse en aquellos disturbios á favor de los europeos.

Alucinados algunos con estas falsas alocuciones, deseosos otros de mejorar de fortuna, y comprometidos los más por el aliciente del robo, se difundió presto el fuego revolucionario por las provincias de Guadalajara, México y por las del Norte. Cada día iba engrosándose el ejército rebelde. Los sencillos indios, creyendo de buena fe que iban á defender á nuestro augusto Monarca, que el astuto Hidalgo les había hecho creer llevaba oculto en su coche, salieron de su natural estado de apatía é inercia, y desplegaron en aquel sangriento teatro un vigor y una valentía desconocida hasta entonces, llegando á tal grado su serenidad en arrostrar la muerte, que en algunas acciones se les vió abalanzarse contra los cañones, cuyas bocas intentaron tapar con sus sombreros.

Alarmado el virrey Venegas por el triunfo de los revoltosos conseguido en Guanajuato, vió la necesidad de desplegar todos los recursos de su ingenio y valor para contrarrestar aquel furioso torrente. Con esta mira dispuso la pronta salida para Querétaro de la columna de granaderos compuesta de mil plazas, y del regimiento de dragones de México; aquélla al mando del coronel D. José María Jalón, que desde Jalapa había llegado á Puebla, y éste al de D. Miguel José de Emparan, reforzando dichos cuerpos con cuatro piezas de artillería, y haciendo las más enérgicas prevenciones al comandante en jefe conde de la Cadena para que de acuerdo con el brigadier Calleja se determinase á dar un golpe decisivo á los enemigos. Aunque las órdenes comunicadas á Calleja habían sido interceptadas por las tropas de Hidalgo, había tomado sin embargo aquel distinguido jefe todas las medidas necesarias para cooperar al exterminio de los rebeldes, y se había adelantado con un cuerpo de tropas á cinco ó seis leguas de San Luis de Potosí.

Empero como el conde de la Cadena no tuvo conoci-

miento de este movimiento militar, y como por otra parte no habían llegado todavía las tropas de refuerzo, no se atrevió á operar en aquel estado de aislamiento en que se hallaba, valiéndose los insurgentes de esta forzada posición para dirigir sus pasos á la ciudad de Valladolid, á cuyos habitantes habían sabido conmovier con sus intrigas revolucionarias.

Noticioso el virrey del inminente peligro que corría dicha ciudad, hizo salir de México á su intendente D. Manuel Merino, al coronel de aquel regimiento provincial, conde de Casa Rul, y al coronel D. Diego Garcia Conde, á quien confirió el mando de las armas, encargando á todos el mayor celo y decisión para preservar aquella ciudad del incendio insurreccional. Salieron juntos de México estos tres jefes deseosos de sacrificarse por el Rey en la defensa de Valladolid; pero informados los rebeldes de su viaje, los sorprendieron junto al pueblo de Acámbaro, y después de haberlos maltratado gravemente los llevaron prisioneros á Celaya.

Esta infausta noticia introdujo el temor y el desaliento en el ánimo de los realistas: ya se figuraban al cura Hidalgo entrar triunfante en aquella ciudad con los rayos vengativos, atributos de su soberanía; ya se figuraban oír los lastimeros quejidos de las palpitantes víctimas, y ya veían el momento fatal de que desapiadadas tropas consumasen las mismas extorsiones y atrocidades que habían distinguido las primeras empresas revolucionarias. Despavoridos con esta idea, abandonaron toda medida de defensa y ya no pensaron sino en su propia conservación.

Huyen todos los europeos y fieles americanos; crece la osadía de muchos partidarios que tenía allí el cura Hidalgo; cree esta ciudad haber adquirido nuevos blasones con haber dado estudio y nombre literario á aquel genio bullicioso, designado por jefe del Estado mexicano; el celoso obispo es insultado insolentemente por sus mismos párrocos, y sus excomuniones y edictos, mirados con el más alto desprecio; trata sin embargo de que la guarnición,

compuesta del regimiento provincial de los dragones de Pátzcuaro y de 1.500 lanceros, salga de aquel punto para incorporarse con el ejército del Rey; pero todo es inútil. Se presentan los insurgentes; dichos regimientos, de quienes se había tenido una justa desconfianza, los reciben con aplauso; vitorean al cura Hidalgo muchas gentes de aquel vecindario iniciadas en sus planes, entra éste á caballo con estandarte y espada en mano. El repique general de campanas y las voces de júbilo que resonaron en los templos substituyendo la majestad de aquellos sagrados recintos á los ecos de la revolución, manifestaron que el Dios de los ejércitos quería por sus inescrutables juicios dar á esta ilegítima causa una elevación mayor, para que su desplome y horroroso estruendo dejase impresiones más duras y permanentes del desagrado divino.

Viendo el Sr. Venegas los rápidos progresos de aquel fuego devorador, que amenazaba comunicar sus estragos á todo el virreinato, puso en acción los últimos esfuerzos de su talento, bizarría y arrojo. La obediencia á Su Majestad fué inculcada por todos los medios imaginables; en los papeles públicos, en elocuentes proclamas y en los pulpitos, resonó la profesión de aquellos principios políticos y el presagio de los terribles males que debían ser la consecuencia y el fruto de la infidencia y del desorden. Los cuerpos literarios, los prelados de comunidades y de otras corporaciones, los diputados elegidos para las Cortes, y, finalmente, cuantas personas eran conocidas por su popularidad é influjo, fueron invitadas eficazmente por el virrey para sostener el espíritu público y preservar el extravío de la opinión.

La larga distancia de más de cuarenta leguas que hay desde Querétaro á Valladolid, y la total incomunicación producida por las maniobras de los enemigos del orden, ocultó á los jefes de nuestras tropas los movimientos de Hidalgo, contra cuyo caudillo se dirigieron á San Miguel el Grande; pero ya el generalísimo de los ejércitos rebeldes había evacuado aquel punto para caer sobre Valla-

dolid. El conde de la Cadena se dirigió en seguida al pueblo de los Dolores, en donde se reunió en 28 de Octubre con el brigadier Calleja. Mientras que aquel ejército estaba combinando los planes de batir al insurgente, reforzado éste con la defección de los dos regimientos situados en Valladolid, trató de avanzar hacia la capital, haciendo de paso un amago engañoso sobre Querétaro. El arrojo de los rebeldes en esta ocasión fué superior á los cálculos de la previsión, y el mismo carácter de temeridad que llevaba aquella empresa les daba nuevo aliento é inspiraba justos temores á los realistas.

Sin embargo de lo inverosímil que parecía la dirección de los insurgentes hacia la capital de México, dejando á sus espaldas las valientes tropas de Calleja y del conde de la Cadena, se ocupó, sin embargo, el activo virrey Venegas en hacer los preparativos más vigorosos de defensa. Para calmar la fermentación de la numerosa é inquieta plebe de la capital, formó con increíble celeridad tres batallones de infantería y un escuadrón de caballería con el título de Patrióticos distinguidos de Fernando VII, en cuyos cuerpos se alistaron á porfía, y sin distinción alguna, europeos y americanos, á los que fueron conferidos los grados con igualdad, excepto el de coronel, que se reservó el virrey para excitar mayor entusiasmo y decisión.

Los grandes genios se conocen en los extremados apuros. La proximidad del peligro daba nuevo vigor é impulso á las operaciones del Sr. Venegas, y comunicaba nuevo aliento á la impavidez de su ánimo. Los cuerpos de milicias estaban escasos de oficiales, y los más de sus jefes, en estado pasivo é inhábiles para dirigirlos; pero la actividad y energía desplegada por el general realista dió un rápido brillo á aquellos cuerpos, supliendo con sus acertadas providencias la carencia de los medios que constituyen la verdadera fuerza. Los hacendados contribuyeron á la defensa pública con sus dependientes y caballos; el celo de la primera autoridad se comunicó á

todas las clases. Aun los enemigos encubiertos tuvieron que tomar una parte activa en los armamentos guerreros. México presentaba el aspecto de una nueva Cartago, y se observaba en ella igual movimiento, empeño y decisión al que desplegó aquella antigua y floreciente ciudad cuando se vió amenazada por las victoriosas armas del gran Escipión.

Los insurgentes iban caminando hacia la capital, creyendo que todo debería ceder á los rayos exterminadores de 80.000 combatientes. La derrota de un destacamento que habían enviado contra Querétaro, mandado en aquella sazón por el bizarro coronel D. Ignacio García Rebollo, fué el anuncio precursor de los grandes laureles de que habían de estar ceñidas bien pronto las sienes de los jefes realistas.

Informado el virrey Venegas por el mismo Rebollo de la proximidad de los enemigos á aquella capital, dispuso la salida de su ayudante general, D. Torcuato Trujillo, con el regimiento provincial de Las Tres Villas y con varias partidas sueltas de tropa veterana y de milicias que deberían situarse en Toluca, distante diez y seis leguas de México, para observar los movimientos del enemigo. A pesar de la grande escasez de tropas, se le enviaron de refuerzo una compañía de patriotas de á caballo, mantenida á expensas del comercio, y una porción de lanceros formados por D. Gabriel del Yermo y por D. Jaime Selvet, de entre los dependientes de sus haciendas.

Avisado el esforzado Trujillo de la entrada de los insurgentes en Ixtlahuaca y del inmenso número de gente armada que iba á caer sobre él, no tuvo por conveniente esperarlos en Toluca, en donde podía ser fácilmente cortado, si una parte de aquéllos se avanzaba por Lerma; y se retiró, por lo tanto, al puente que creía ser un punto ventajoso para resistir al ataque. Empero, noticioso de que los enemigos vadeaban el río, con la mira de cortarlo, se vió precisado á emprender su retirada y tomar posición en el áspero monte llamado de las Cruces, punto

fortificado por la Naturaleza y tan sólo accesible por el sitio que él ocupaba. Habiendo recibido oportunamente dos cañones, esperó á pie firme las hordas forajidas, por las que se vió acometido en la mañana del 30 de Octubre su corto ejército, compuesto de unos 1.200 hombres de todas armas.

La intrepidez de este puñado de valientes, su pericia militar, especialmente del regimiento de Las Tres Villas y partida de Dragones de España; el denuedo de un destacamento de voluntarios patriotas, mandado por el bizarro capitán de dragones D. Francisco Bringas, y el buen uso que supo hacer de los dos cañones el teniente de navío D. Juan José Ustáriz, que dirigió sus fuegos, dieron en este brusco ataque un grado de lustre y brillantez á las armas del Rey, de que se hallan pocos ejemplos en las historias. Los insurgentes sufrieron una pérdida considerable de muertos y heridos. El combate fué tan desigual que se calculó sostenido por uno contra ochenta. Si bien entre estos últimos había muchos indios y gente colecticia sin orden y sin disciplina, se contaban sin embargo algunos regimientos que habían desertado de las filas realistas, entre ellos los de infantería de Celaya, Valladolid y Guanajuato, los dragones de Pátzcuaro, Reina y Príncipe y los Lanceros de Valladolid. No se sabe, por lo tanto, cómo explicar las causas de tan brillantes victorias, sino elevando al último grado la inteligencia y decisión del nuevo Milciades y el esfuerzo de aquellos modernos atenienses. Pocos ejemplos de imitación ofrece la batalla de Maratón, comparables con la del Monte de las Cruces; la gloria de que se cubrieron las armas españolas en aquella ilustre jornada será eterna en los fastos de la historia.

Aunque Trujillo contuvo todo el día 30 la marcha del enemigo contra la capital, al pasar la revista del corto ejército vió que le faltaba una tercera parte de sus valientes soldados y trató, por lo tanto, de retirarse después de haber anochecido. Engeroidos los insurgentes con

aquel soñado triunfo, se adelantaron á la mañana siguiente hasta la venta de Cuaximalpa, distante unas dos leguas de aquella ciudad. Ya desde el día 28 habían sido acampadas las tropas en sus inmediaciones y avenidas, se habían establecido baterías, cubierto varios flancos fuera del alcance de la artillería del campamento, hecho varias cortaduras, abierto zanjas y practicado cuanto podían sugerir la previsión, la entereza y los últimos recursos del esfuerzo. No fueron menos activas las providencias para que el regimiento de Toluca, que se hallaba en Puebla, se dirigiese á marchas forzadas hacia la capital, y para que el capitán de navío D. Rosendo Porlier, comandante de la fragata *Atocha*, saliese en posta para Veracruz á traer toda la gente disponible de los buques que allí estuviesen surtos.

No dejaba de dar alguna inquietud al valiente Venegas la exaltación del populacho de la capital, porque si bien en todas las conmociones, que eran frecuentes en aquellos días críticos, resonaban con entusiasmo los vivas á nuestro augusto Monarca, el hombre público y experimentado debe siempre temer el movimiento de las masas de un pueblo desordenado.

Jamás se vió la capital de México en mayor conflicto. En medio de la confianza que aparentaban los jefes realistas, no podían disimularse la justa aprensión de que estaban sus ánimos poseídos, ni desconocer el terrible trance en que se veían envueltos. Los insurgentes que se hallaban al frente de la capital, si hubieran tenido buen manejo y disciplina, habrían podido reducirla á cenizas en breves instantes; las tropas que la guarnecían eran escasísimas; los nuevos cuerpos que se habían levantado no podían inspirar una confianza de que serían tan firmes en el ataque como decididos en sus sentimientos; los 20.000 léperos (populacho) que se abrigaban en aquella ciudad, en medio de su aparente entusiasmo dejaban traslucir sus deseos de enriquecerse con el botín; entre los mismos habitantes se había difundido el fuego revolucionario y

no se ignoraba de que abundaban los emisarios de los corifeos de la independencia. Todo concurría á inspirar fundados temores y una justa desconfianza de salir triunfantes en tan terrible lucha.

No se ocultó al previsor virrey lo apurado de su situación cuando al escribir á Trujillo para que contuviera al orgulloso enemigo, se explicaba en su carta confidencial de un modo tan elocuente, expresivo y heroico, que merece ocupar un lugar de preferencia en la presente historia. "Trescientos años de triunfos y conquistas de las armas españolas en estas regiones nos contemplan; la Europa tiene fijos sus ojos sobre nosotros; el mundo entero va á juzgarnos; la España, esa cara Patria, por la que tanto suspiramos, tiene pendiente su destino de nuestros esfuerzos, y lo espera todo de nuestro celo y decisión. Vencer ó morir es nuestra divisa. Si á usted le toca pagar este tributo en ese punto, tendrá la gloria de haberse anticipado á mí de pocas horas en consumir tan grato holocausto; yo no podré sobrevivir á la mengua de ser vencido por gente vil y fementida."

Dispuesto el benemérito Venegas á sacrificarse en las aras de la fidelidad antes que permitir la profanación de la capital de México por las huestes enemigas, aguardó con imperturbable serenidad sus violentos ataques. Estas esperaban que la misma plebe de México, estimulada por el afán del saqueo, les facilitaría con su sublevación la entrada libre en aquella ciudad. Con esta mira se suscitaron varias alarmas anunciando la llegada del ejército contrario á las mismas puertas; pero viendo malogradas por este lado sus maliciosas intrigas, y á esa misma plebe naturalmente dada á la vagancia y al vicio) insensible á los vivos estímulos de entregarse al despojo violento de los que sostenían la causa del Rey; observando la decisión con que todos estaban resueltos á sepultarse en las ruinas de México; desengañados del poco fruto que podían prometerse de los artificiosos manejos de sus emisarios; informados del desprecio con que había sido recibido don

José Mariano Jiménez, titulado teniente general de los revoltosos, que había sido enviado por ellos con credenciales para intimar la rendición; y temerosos de ser flanqueados por las tropas del brigadier Calleja, que á marchas forzadas se dirigía en auxilio de la capital, renunciaron por entonces á sus gigantescos proyectos y emprendieron su retirada.

Dicho cuerpo de Calleja, compuesto de 3.000 caballos y 600 infantes, además de las fuerzas del conde de la Cadena, que se había reunido el 28 en el pueblo de Dolores, llegó á Querétaro poco después de haber sido derrotados por el comandante Rebollo los insurgentes que habían tenido la osadía de atacar aquella ciudad. Reforzada esta guarnición para evitar otro golpe de mano, se dirigió Calleja contra el prófugo cuerpo del enemigo, al que alcanzó en San Jerónimo de Aculco. Verlo, atacarlo, derrotarlo y ponerlo en desordenada fuga, cogerle toda la artillería, municiones, bagajes, rescatar al coronel D. Diego Garcia Conde, al conde de Casa-Rul y al intendente Merino, fué obra de una sola hora.

Esta importante victoria, debida al brillante genio militar y al esforzado valor de D. Félix Calleja, reanimó el abatido espíritu de los realistas, y aterró de tal modo á los rebeldes, que huyeron despavoridos en todas direcciones, sin orden, sin plan y sin concierto.

Mientras que el victorioso Calleja se hallaba en Querétaro dando algún descanso á su tropa, un cuerpo de insurgentes apoyado por los pueblos, y en particular por el conde de la Laguna de Tayagua, se había apoderado de Zacatecas, Aguas Calientes y de otras poblaciones; y finalmente de San Luis de Potosí por infidencia de las mismas tropas destinadas á guarnecer aquella ciudad; y por culpable descuido de los jefes, á cuya falta de precaución se debió la fuga de los presos de las cárceles, la pérdida de la artillería y armas, la confusión y desorden que se introdujo en las mismas filas y en el pueblo. La muerte de muchos dignos europeos, el saqueo de sus

casas, la del mismo Calleja, la dilapidación de millón y medio de pesos que había en las cajas reales, fueron el resultado de aquel fatal golpe de mano, en que tuvo la ignorancia más parte que la malicia y el torpe manejo todavía más que la deslealtad.

Un convoy que, escoltado por 140 lanceros de San Luis de Potosí, había salido de la capital el 12 de Noviembre, fué interceptado á los cuatro días por 70 lanceros y 300 indios de Huichapan, al mando del rebelde sanguinario D. Julián Villagrán; llenos de cobardía los lanceros realistas se entregaron á una fuga vergonzosa, abandonando al auditor D. José Ignacio Vélez y á tres oficiales civiles, á quienes servían de escolta, que fueron asesinados á sangre fría. Toluca y su territorio habían hecho algunos movimientos á favor de la revolución, pero fueron sofocados al momento que se presentó una expedición de 700 hombres, que el virrey Venegas había enviado al mando del teniente coronel D. Juan Sánchez.

Todos estos fuegos parciales, sin embargo, daban poca aprensión al ejército realista: el nervio de la revolución se hallaba principalmente en Valladolid, Guadalajara y Guanajuato. En la primera de estas ciudades había tenido origen y había llegado á echar profundas raíces. Su clero secular y regular mostró desde el principio una decidida adhesión á los subversivos principios del cura Hidalgo. La de Guadalajara participó de la misma aberración de ideas, especialmente las clases bajas de la población, á cuyo apoyo debió el cabecilla Torres su entrada triunfante el 12 de Noviembre.

Guanajuato fué uno de los puntos en que dejaron los revoltosos mayores y más horribles manchas de la crueldad y barbarie que presidía á todas sus acciones. Como en esta ciudad se habían abrigado los principales corifeos, conoció el sabio Calleja la necesidad de evitar con la oportunidad de sus medidas el incendio que se iba preparando. Con esta mira emprendió su marcha el 16 hacia aquel punto, é imponiendo de paso algunos castigos sobre

los principales revoltosos de la culpable Celaya, para que sirviendo de escarmiento le evitaran la efusión de otra sangre más preciosa, entró en dicha ciudad de Guanajuato, cuyas calles halló todavía empapadas en sangre de inocentes víctimas, sacrificadas á la ferocidad de la plebe y de los rebeldes al tiempo de tomar la fuga.

Exigiendo la vindicta pública un terrible escarmiento en los culpados, aplicó el jefe realista la pena de muerte á 53 individuos de los más comprometidos en la sublevación. La toma de esta ciudad y el indulto que se dió á su continuación á los que abandonando su temeraria empresa se acogieran bajo el manto de la Real Clemencia, produjo los más saludables efectos en la mayoría de los pueblos alucinados, mas no por eso se desarmó el furioso brazo de Hidalgo, Allende y demás corifeos. Habían tomado éstos posición en San Felipe y en León, y mientras que Calleja preparaba un ataque general que cortase de un golpe el vuelo á sus quiméricas esperanzas, desechados los revoltosos por sus anteriores derrotas, juraron el exterminio de los europeos y lo llevaron á efecto con tanto furor y barbarie que no se salvó uno de tan cruel decreto. Se vaciaron las cárceles de Valladolid y todos sus detenidos fueron cobardemente asesinados en los caminos. En San Felipe fué derramada la preciosa sangre de 130 mártires del honor y de la fidelidad, y el número de éstos llegó en Guadalajara y en otros varios puntos á más de 600. Noticioso el virrey Venegas de tan horribles ultrajes, dió las órdenes más eficaces para que á toda costa se acabasen de destruir aquellos tigres sedientos de sangre humana. Los comandantes militares y autoridades de Durango, Cohahuila, y de otros varios puntos, así como las de Guadalajara, que se habían refugiado al puerto de San Blas, recibieron órdenes perentorias para que acudiesen con la celeridad del rayo en apoyo del ejército de operaciones, mandado por los brigadieres Calleja y Cruz: este último obtuvo grandes ventajas en Huichapan, debidas á su celo é inteligencia

Calleja salió el 10 de Diciembre de Guanajuato para Lagos y Aguas Calientes. Este movimiento, y el que hizo contemporáneamente el brigadier Cruz sobre Celaya, produjo la retirada del enemigo hacia Guadalajara, donde se propuso hacer su última y desesperada defensa. Hubo en el entretanto algunas acciones parciales, favorables á las armas realistas, mas ninguna de ellas decisiva. El honor de este triunfo, el total exterminio de los rebeldes, estaba reservado para el año siguiente.

El estado de los negocios á fines de 1810 no dejaba de ser alarmante; era preciso arriesgar una gran batalla; y aunque no se dudaba del éxito, daba sin embargo algún cuidado la sola idea de algún imprevisto revés, demasiado frecuente en los anales militares, en los que parece que una inexplicable fatalidad se deleita á veces en trastornar los planes más bien combinados. Se hallaba sublevado el país en todas direcciones, y difundido el espíritu de independencia por todas las clases; sus principales corifeos, aunque escarmentados por las distinguidas acciones de las Cruces y Aculco, de ningún modo estaban abatidos, sino por el contrario, se habían vuelto más osados y furiosos; sus ejércitos, aunque faltos de disciplina, ascendían á 100.000 hombres, con cuyo número excesivo trataban de igualar la diferencia que les llevaban las aguerridas tropas del Rey. Todo, pues, anunciaba que los revolucionarios no cederían el terreno sin haber ensayado antes los últimos esfuerzos de la intriga y de la desesperación.

Deseosos los jefes realistas de asegurar un triunfo completo á sus armas, concibieron planes militares en los que sobresalía la inteligencia y previsión á la par de su bizarria y fidelidad. D. José de la Cruz pasó á tomar posesión de Valladolid; D. Torcuato Trujillo se adelantó desde Toluca hasta Acámbaro con la idea de que, sostenidas ambas divisiones por las tropas de Calleja, pudiesen todas reunirse el 15 de Enero de 1811 en el puente de Guadalajara, distante sólo seis leguas de aquella ciudad.

considerada por los revoltosos como el gran baluarte, en el que cifraban su principal confianza al favor de sus inmensas masas, y de 100 piezas de artillería con que se hallaban apoyadas.

El Sr. Venegas desplegó en esta ocasión la mayor actividad y energía, y previniendo oportunamente todos los azares é incidentes, dió nuevas pruebas de su sagacidad y de los recursos de su vasto ingenio: su benéfico influjo alcanzaba hasta los puntos más remotos. De todas partes se iban reuniendo poderosos refuerzos para cortar de una vez la cabeza á la hidra revolucionaria. Cuando D. Antonio Cordero, gobernador de Cohahuila, estaba ya cerca de San Luis de Potosí con un cuerpo respetable y con algunas piezas de artillería, creyó Venegas que había llegado el tiempo de que emprendieran su combinado movimiento las tres divisiones realistas; y á virtud de sus animosas disposiciones, secundadas heroicamente por los jefes respectivos, señaladamente por los esforzados Calleja, Cruz y Trujillo, se pusieron en marcha todas las tropas, para dar un día de gloria y de honor eterno á las armas de Castilla.

Antes de concluir este capítulo, haremos mención del primer levantamiento de un jefe insigne, que sucesivamente adquirió la mayor nombradía en los anales de la revolución, y que causó las mayores extorsiones en los pueblos del Sur. Este fué el licenciado D. José María Morelos, cura de Caráguaro, quien desde principios de Noviembre había formado una expedición en Valladolid contra el puerto de Acapulco. Apoyado por algunos genios discolos y bulliciosos, y por la plebe ignorante, á la que había sabido seducir con su hipócrita lenguaje, había emprendido la ejecución de su atrevido plan, cuando encontrada su vanguardia en Arroyo Moledor por D. Francisco Paris el día 1.º de Diciembre, fué puesta en desordenada fuga con la pérdida de 100 muertos y de varios prisioneros. A pesar de este golpe se rehizo aquel sedicioso eclesiástico, y logró presentarse á formalizar el blo-

queo de la citada plaza. Aunque los comandantes Paris y Pareja, de acuerdo con aquella guarnición, combinaron un ataque para el día 6, en el que lograron algunas ventajas, volvió aquél sin embargo á sus mismas posiciones; pero por más que usó de todos los ardidés propios de la seducción y engaño, estaba muy lejos la plaza de ceder por flaqueza y menos por falta de fidelidad.

El 13 del mismo mes fué atacado nuevamente Morelos por los comandantes Paris y Pareja, sin que hubieran conseguido el objeto propuesto de arrojar al enemigo de sus atrincheramientos, y si sólo el de causarle pérdidas de bastante consideración. Las tropas que Venegas había enviado á Cuernavaca al mando del teniente coronel Andrade con órdenes de que superando toda clase de dificultades se dirigiesen desde aquel punto á reforzar las divisiones de Acapulco, se habían adelantado hasta Teppecuacuiló, distante 41 leguas de la capital, para atacar á una reunión de sediciosos, á los que derrotó tan pronto como los hubo avistado. Continuaba Andrade en su marcha cuando la noticia de otra numerosa gavilla de insurgentes, que se había reunido en el pueblo de Iguala, le obligó á retirarse 15 ó 20 leguas, y á situarse en la hacienda de San Gabriel, sin atreverse á dar un paso en cumplimiento de las eficaces órdenes que se le habían comunicado.

Viendo el Sr. Venegas paralizada esta fuerza, tal vez por falta de arrojo de su comandante, envió desde México al sargento mayor D. Nicolás Cosío para que, puesto á su cabeza con algunos refuerzos que le había suministrado, supliese con una extraordinaria actividad la falta que debía haber hecho aquella columna para dar un golpe decisivo á los revolucionarios de Tierra Caliente. Este nuevo jefe dió dos acciones brillantes, en las que tomó 15 cañones á los enemigos; y engreído con tales triunfos, y no menos ufano por el apoyo de varios pueblos que á su paso por ellos se habían declarado decididamente por la causa del Rey, había emprendido una marcha rápida so-

bre Acapulco para combinar sus operaciones con las tropas que estaban allí observando al enemigo.

Mientras que el sabio virrey Venegas se entregaba á las más lisonjeras esperanzas de que quedaría bien pronto exterminado el genio del mal por la parte del Sur, recibió la infausta noticia de haber sido sorprendida por el cura Morelos en la mañana del 4 en el campo de los Tres Palos la 5.<sup>a</sup> división mandada por D. Francisco Paris, sufriendo una pérdida considerable, que se hizo mayor por haber abandonado el comandante Pareja el punto de los Coháulotes, donde deberían haberse reunido. A fin de neutralizar el mal efecto que debía producir aquel fatal suceso, fueron enviados desde la capital 100 dragones escogidos para que á marchas forzadas llegasen pronto á incorporarse con el comandante Cosío; y al mismo tiempo se dieron órdenes al coronel Bonavia, comandante de la 7.<sup>a</sup> brigada, para que hiciera salir rápidamente á reforzar las divisiones del Sur al batallón provincial de aquella ciudad y varias compañías sueltas de la misma intendencia.

Casi al mismo tiempo se divulgó con certeza la noticia de haberse apoderado los insurgentes del puerto de San Blas por capitulación con los jefes realistas que lo guarnecían. En esta inesperada desgracia, que fué atribuída generalmente á impericia ó mal manejo, y tal vez á una infundada desconfianza, tuvieron una parte activa el comandante de la plaza La Ballen, el del bergantín *Activo* D. Antonio Cuartara, y el del bergantín *San Carlos* don Jacobo Murfi; cuyos jefes parece no hicieron la resistencia que podía esperarse de su posición y de sus recursos. En medio de estos contrastes lograron las armas del Rey, mandadas por D. Juan Sánchez, disipar los rebeldes indios de Toluca, que en número de 3.000 hombres se habían aproximado á aquella ciudad, á cuya consecuencia pidieron el indulto varios pueblos de los muchos que se habían alzado contra el gobierno.

El mal había cundido casi por todo el reino; hormi-

gueaban las gavillas rebeldes desde las provincias del Norte, Río Verde y Nuevo Santander hasta Zimapán, Cadereita, Ixmiquilpan y otros puntos. Sólo en las intendencias de Veracruz, Oajaca y Puebla no había sido turbada la tranquilidad, si bien era de temer que al menor contraste de los ejércitos realistas sería la explosión general.

No se ocultó al Sr. Venegas lo apurado de su situación: conocía que tenía que luchar con enemigos despechados, con todas las artes de la seducción y del engaño, con el genio de la discordia, y finalmente con el extravío general de la opinión; mas nada era capaz de arredrarle en su laudable empeño de sostener á todo trance la autoridad del Rey en aquellos dominios. Su imperturbable serenidad se comunicó á todos los jefes militares, Calleja, Cruz, Trujillo, el conde de la Cadena, y cuantos oficiales y soldados empuñaron las armas del Rey, todos se cubrieron de gloria en el desempeño de los bien combinados planes desenvueltos en el año 1811, de los que se tratará en su respectivo lugar.